

reció aquella sombra, y no fue allí mas vista ni oída.

Cuenta Dionisio Cartujano que un religioso tenia roto el hábito, y entró en la ropería, y tomó un poquito de paño para echar allí un remiendo sin licencia. Cayó enfermo, y él debia de ser gran siervo de Dios, porque se estaba muriendo y tenia grande alegría y contento. No le remordia nada su conciencia, ni el demonio hallaba cosa de que asir para poderle inquietar. Levantó acaso los ojos á un rincon de la celda, donde tenía colgado su vestido, y ve al demonio sobre su hábito en figura de mona, que se estaba relamiendo y saboreando en aquel remiendo que habia echado. Entonces cayó en la cuenta de la falta que habia hecho en tomar aquel remiendo sin licencia, y envia á llamar al superior, y dícele su culpa, y reconcilióse con él y luego desapareció de allí el demonio.

En la historia de la Orden de santo Domingo, 1 part., c. 36, se cuenta que siendo prior de Boloña el santo Fr. Reginaldo, un religioso lego habia recibido de limosna un pedazuelo de paño del

que ellos usaban para algun remiendo de su hábito; pero habíalo recibido sin licencia. El Santo le llamó á capítulo en presencia de todos los religiosos, y castigóle como á ladron y propietario con ásperas palabras y con muy buena disciplina, y quemó allí luego el paño á vista suya y de los demás religiosos.

En la misma historia, 1 p., l. 1, c. 46, se cuenta, que siendo Alberto Magno provincial en aquella sagrada Orden, mandó con grandísimo rigor que ningun fraile tuviese en su poder ni en poder de tercera persona dinero alguno, en cualquier cantidad que fuese, ni suyo ni ajeno, ni para sí ni para otro, y esto debajo de gravísimas penas; y acontecióle en un capítulo provincial, que siendo probado contra un fraile haber quebrantado esta ordinacion y establecimiento, le castigó con tanta severidad, que le desenterró de la sepultura, que habia poco que era muerto, y le echó fuera de sagrado en el muladar, á imitacion de los Santos antiguos, que así solian tratar á los frailes propietarios.

TRATADO CUARTO.

DE LA VIRTUD DE LA CASTIDAD.

CAPÍTULO I.

De la excelencia de la virtud de la castidad, y de los grados por donde habemos de subir á la perfeccion de ella.

Hæc est voluntas Dei, sanctificatio vestra, ut abstineatis vos à fornicatione, ut sciat unusquisque vestrum vas suum possidere in sanctificatione, et honore. I ad Thes. iv, v. 3, 4. Esta es la voluntad de Dios, dice el apóstol san Pablo, vuestra santificacion, vuestra pureza y limpieza; porque no nos ha llamado Dios para que nos demos á deleites de carne, sino para que le sirvamos con pureza y entereza de cuerpo y alma: *Non enim vocabit nos Deus in immunditiam, sed in sanctificationem.* El apóstol san Pablo llama aquí á la castidad santidad: por nombre de santidad ó santificacion entiende la castidad, como nota san Bernardo, serm. 22 super Cant. Y Cristo nues-

tro Redentor en el sagrado Evangelio la llama virtud celestial y angélica; porque nos hace semejantes á los Ángeles: *In resurrectione neque nubent, neque nubentur, sed erunt sicut Angeli Dei in celo.* Matth. xxii, v. 30. Despues de la resurreccion, en aquella vida dichosa y bienaventurada no habrá casamientos ni bodas, sino todos serán como Ángeles de Dios; y así dice san Cipriano, hablando con unas vírgenes: Lo que despues habeis de tener en la gloria, eso comenzaréis á gozar en esta vida; porque mientras perseverais en castidad y limpieza sois iguales á los Ángeles. Casiano, lib. 5 de institut. renuntiant., c. 6, confirmando esto mismo, dice que con ninguna otra virtud así se hacen los hombres semejantes á los Ángeles, como con la castidad; porque con ella viven en carne, como si no la tuviesen, y fuesen espíritus purísimos, conforme á aquello de san Pablo: *Vos autem in carne non estis, sed*

in spiritu, Rom. VIII, v. 9: y aun en cierta manera nos aventajamos en esto á los Ángeles; porque ellos, como no tienen cuerpo, no es mucho que tengan esa puridad; pero que el hombre, que vive en esta carne mortal, que tanta guerra y contradicción hace al espíritu, viva como si no la tuviese, y fuese puro espíritu, eso es mucho mas.

Es tanto lo que agrada á Dios esta virtud, que haciéndose el Hijo de Dios hombre, y habiendo de nacer de mujer, quiso nacer de Madre virgen y consagrada con voto de castidad, como notan los Santos (1). San Juan en el Apocalipsi, XIV, v. 1, dice que vió en el monte de Sion, que es en el cielo, á los que guardaron virginidad en compañía del Cordero, que es Cristo, y que le seguían donde quiera que iba, y le cantaban un cantar nuevo, el cual nadie podia cantar sino los vírgenes: *Vidi supra montem Sion Agnum, et cum eo centum quadraginta quatuor millia, et cantabant quasi canticum novum, et nemo poterat dicere canticum, nisi illa centum quadraginta quatuor millia, qui empti sunt de terra. Hi sunt, qui cum mulieribus non sunt coinquinati; virgines enim sunt. Hi sequuntur Agnum quocumque ierit.* Nota aquí san Gregorio, l. 4 in c. XIII, I Reg., que dice que los

(1) August. lib. sanctæ virginit. cap. 4, tom. 6; Ambros. lib. 2 in Lucam; Anselm., Bernard. et alii.

vírgenes están con Cristo en el monte; porque por el merecimiento grande de la castidad están muy levantados en la gloria.

San Jerónimo y san Agustin hablan (1) de aquella prerogativa de san Juan Evangelista de ser mas especialmente amado de Cristo que los demás discípulos (porque de esa manera le nombra el sagrado Evangelio: *Discipulus ille, quem diligebat Jesus*. Joan. c. XXI: El discípulo que amaba Jesús), y la razon de ese amor especial dicen que era por ser virgen; y así lo canta la Iglesia en el oficio de su festividad: *Diligebat autem cum Jesus; quoniam specialis prerogativa castitatis ampliori dilectione fecerat dignum, quia virgo electus ab ipso, virgo in ævum permansit*; y así declaran algunos de él aquello de los Proverbios: *Qui diligit cordis munditiam, propter gratiam labiorum suorum habebit amicum regem*. Por eso le queria y regalaba tanto el Señor, por eso le recostaba en su pecho; y lo que san Pedro, que era casado, no se atrevió á preguntar á Cristo en la cena, ruega á san Juan que se lo pregunte: y el dia de la Resurrección, diciéndoles María Magdalena que habia ya resucitado Cristo, él y san Pedro corrieron al monumento, pero él llegó primero: y otra vez estando en su nave pescando en el mar de Tiberiades, apareciéndoles el Señor

(1) Hieronym. lib. 1 contr. Jovinianum; August. tract. ultim. sup. Joan.

en la ribera, no le conocieron los demás: *Solus virgo virginem agnoscit, et dicit Petro: Dominus est*. Solo el que era virgen, dice san Jerónimo, con aquellos ojos de águila conoció al Virgen, y al Hijo de la Virgen, y dijo á san Pedro: El Señor es. Y finalmente estando Cristo en la cruz, en aquel su último testamento, ¿á quien encomendó su Madre virgen, sino al discípulo virgen? *Matrem Virginem virgini commendavit*.

Pero dejando aparte los loores y excelencias de la castidad, y otras muchas cosas que de ella pudiéramos decir, porque pretendo ser muy breve en este tratado, imitando á nuestro bienaventurado Padre san Ignacio; Casiano, collat. part. 12 Abbat. Cherem., pone siete grados de castidad, por los cuales como por escalones habemos de procurar de subir hasta llegar á la perfección y puridad de esta virtud celestial y angelical. El primero es, que estando el hombre velando, no se deje vencer ni llevar de ningún pensamiento ó movimiento feo y sensual: el segundo, que no se detenga en semejantes pensamientos, sino que en viniendo luego los sacuda de sí: el tercero, que no se mueva ni altere poco ni mucho con la vista de ninguna mujer: este grado es de grande perfección, y no tan comun como los primeros, por la grande flaqueza y corrupción de

nuestra carne, que en semejantes ocasiones luego se alborota: el cuarto es, que no consienta en ninguna manera que el demonio se le suba á las barbas estando despierto, y que velando no permita en sí un simple movimiento de carne: el quinto, que cuando fuere menester tratar de cosas de esta materia, ó estudiarlas ó leerlas, pase por ellas con un ánimo sosegado y puro, y no tenga mas movimiento con la memoria de estas cosas, que si tratase de ladrillos, de sembrar, ó edificar, ú otra cosa semejante: este grado tuvo nuestro Padre san Ignacio perfectísimamente desde el principio de su conversión, como leemos en su vida, lib. 1, c. 2: el sexto grado es, que ni aun durmiendo tenga ilusiones, ni representaciones, ni fantasmas de cosa deshonesta: y esto arguye gran puridad; porque es señal que ni aun especie de ello hay en la memoria: y lo contrario, aunque no sea pecado por estar durmiendo, es señal de que el apetito sensual no está del todo vencido y sujeto, ni borrada la memoria de semejantes cosas: el séptimo y último grado dice Casiano que es de pocos, como de un abad Sereno, y otros semejantes, á quienes el Señor quiere hacer esta merced; y es cuando uno ha llegado á tanta pureza, que ya ni velando, ni durmiendo, siente en sí aun los movimientos que con causas na-

turales suelen acontecer; de manera que con la fuerza de la gracia está quieto y pacíficamente sujeto el apetito, gozando ahora la naturaleza flaca y enferma parte de aquella felicidad y privilegios que tuvo en el primer estado de la inocencia, conforme á aquello del apóstol san Pablo: *Ut destruat corpus peccati*. Ad Rom. vi, v. 6. Quítasele al pecado en estos, con la gracia del Señor, la fuerza y señorío que suele tener, que ya no sienten movimiento ninguno desordenado, ni cosa que huela á eso, sino viven en carne, como si no la tuviesen; pero no queremos por esto decir que sea contra la perfeccion de la castidad sentir algunos movimientos de estos, velando ó durmiendo; porque eso es cosa natural, y en varones perfectos confiesa allí Casiano que los puede haber. Á algunos siervos suyos hace el Señor merced de darles aquel perfectísimo don de castidad: otros con la gracia del Señor apenas sienten cosa alguna de estas: otros en ofreciéndose algo, se sosiegan y quietan luego tan fácilmente como si no hubiese habido nada; y todo esto es imitar la puridad angélica, que es lo que nuestro santo Padre en las Constituciones, part. 6, cap. 1, § 1, nos pone por blanco adonde habemos de asestar y poner los ojos: *Enitendo angelicam puritatem imitari*; y nótese aquella palabra *enitendo*; porque *eniti*

no solo quiere decir procurar y trabajar, sino trabajar forcejando, haciéndose violencia, como se hace en cosas dificultosas para vencerlas: quiérenos enseñar y avisar en esto, que para llegar á esta pureza de los Ángeles es menester trabajar con todas nuestras fuerzas, y que tomemos este negocio muy de atrás, ejercitándonos en el ejercicio de todas las virtudes, y particularmente en la mortificacion; porque aunque esto ha de ser don de Dios, y ningunas diligencias humanas basten para ello; pero quiere el Señor que nosotros hagamos lo que es de nuestra parte, y de esa manera nos quiere él dar este don.

CAPÍTULO II.

Que para conservar la castidad es necesaria la mortificacion y guarda de los sentidos, y especialmente de los ojos.

Casiano, lib. 4 de instit. renunt. cap. 4, dice, que era resolucion de aquellos Padres antiguos, probada con muchas experiencias, que no podria uno refrenar ni vencer este vicio y apetito de la carne, sino es acostumbándose á mortificar y quebrantar su propia voluntad en todas las cosas: *Multis siquidem experimentis edocti tradunt, Mo-*

nachum, et maxime juniores, non voluptatem quidem concupiscentia sua refrenare posse, nisi prius mortificare per obedientiam suas didicerit voluntates; y san Basilio y otros Santos van probando muy á la larga que para alcanzar y conservar la puridad y perfeccion de la castidad es menester el ejercicio de todas las virtudes; porque todas ellas sirven y ayudan á hacer la guardia á esta virtud; pero de esto habemos ido tratando por todo el discurso de esta Obra, especialmente en la segunda parte; y así ahora solamente dirémos algunas cosas particulares que nos ayudarán mucho para esto: y sea la primera, que si queremos alcanzar la perfeccion y pureza de la castidad, y conservarnos en ella, es menester que tengamos mucha cuenta con guardar las puertas de nuestros sentidos, y particularmente los ojos, porque por ahí entra el mal en el corazon.

San Gregorio sobre aquello de Isaias (1): *Qui sunt isti qui ut nubes volant, et quasi columbae ad fenestras suas?* ¿Quiénes son esos que vuelan como nubes, y como palomas se recogen á sus ventanas? dice que los justos se dicen volar como nubes, porque se levantan de las cosas de la tierra, y dícense recogerse como palomas á sus ventanas y agujeros, porque guardándose de no salir fuera á

(1) Gregor. lib. 21 Moral. cap. 2; Isai. c. LX, 8.

mirar por estas ventanas de los sentidos las cosas exteriores que pasan allá fuera, están guardados de codiciarlas; empero los que livianamente salen á mirar por estas ventanas de los sentidos las cosas del mundo, muchas veces son llevados de los deseos de ellas. El profeta David, aunque santo y acostumbrado á volar como nube á la consideracion de los ministerios altos y divinos, porque no tuvo recato en el mirar llevóle tras sí lo que miró: *Ascendit mors per fenestras nostras*. Jerem. vi, v. 21. Entró la muerte del pecado por aquellas ventanas de los ojos, y robó y despojó su alma, y la mató: *Oculus meus deprædatus est animam meam*. Thren. c. III, v. 51. Dice san Gregorio: *In tueri non decet, quod non licet concupiscere*: No conviene mirar lo que no es lícito desear; porque os llevarán las cosas tras sí, si las mirais, arrebatarán y robarán vuestro corazon, y cuando menos pensaréis, os hallaréis preso y cautivo.

Por eso el santo Job se previno muy bien en esto: *Pepigi fœdus cum oculis meis, ut ne cogitarem quidem de virgine*. Job, xxxi, v. 1. Hice concierto con mis ojos de no pensar en mujer. Dice san Gregorio: ¿Qué manera de concierto es este, hacer concierto con los ojos de no pensar? Con el entendimiento y con la imaginacion parece que se habia de hacer ese concierto de no pensar;

con los ojos de no mirar. No, dice, sino con mis ojos hice concierto de no pensar en mujer; porque sabia muy bien el santo Job que por ahí entran los malos pensamientos al corazón; y que teniendo él guardados los ojos y las puertas de sus sentidos, tendría guardado el corazón y el entendimiento: por eso dice que hizo concierto con sus ojos de no pensar en mujer; y así si vos quereis no tener pensamientos deshonestos es menester que tengais ojos castos y honestos, y que hagais concierto con vuestros ojos de no mirar lo que no es lícito desear. Pondera san Crisóstomo, serm. de continent. Joseph., sobre estas palabras: ¿Quién no se maravillará, viendo á este gran varón que hizo rostro al demonio, y peleó cara á cara con él, y venció todas sus máquinas y asechanzas y no se atreve á carear con una doncella? Para que entendamos, dice, cuán necesario nos es el recato en estas cosas por mas religiosos que seamos.

El santo abad Efrén (1) dice que tres cosas ayudan mucho á la virtud, y especialmente para la pureza de la castidad: la templanza, el silencio, y la guarda de los ojos; y aunque guardais las dos primeras, si no guardais los ojos, no será firme vuestra castidad; porque así como,

(1) Ephrem, tom. 2, pag. 236, cap. 8 de varia doctrina; Abbas Antioch. homil. 18 in Biblioth. Sanct. Patrum.

cuando se quiebran los arcaduces, se derrama y pierde por allí el agua; así también, cuando los ojos se derraman y distraen, se pierde la castidad. Otro Santo dice que la vista de la mujer es una saeta tocada con yerba venenosa, que luego hiere el corazón: y que así como una centella que cae en unas pajas, si se detiene y no se sacude luego, levanta grande llama; así es el pensamiento malo causado de esa vista.

De san Hugon, obispo Gracianopolitano, refiere Surio, que por cincuenta y mas años que rigió el obispado con confesar muchas mujeres, y tratar muchos negocios, que no solo de su obispado, sino de otras muchas partes por su santidad acudían á él, nunca habia mirado mujer alguna al rostro, de tal manera que la pudiese conocer de vista, ni sola una; y así ni sabia si era moza ni vieja, ni si hermosa ó fea: y decia este Santo que era menester andar con este cuidado; porque no se puede guardar el corazón de pensamientos malos, si no se guardan los ojos. Y de san Bernardo se lee, in ejus vita, que una vez se descuidó un poco en mirar una mujer, sin advertir en lo que hacia, y cuando cayó en la cuenta quedó tan corrido y avergonzado de sí mismo, que siendo invierno se arrojó en un estanque de agua helada que estaba cerca,

hasta la garganta, y estuvo en él hasta que le sacaron medio muerto.

CAPÍTULO III.

Que en esta virtud de la castidad especialmente es necesario hacer mucho caso de cosas pequeñas.

Cuanto esta virtud de la castidad es mas alta y preciosa, tanto es menester mayor cuidado y diligencia para conservarla. En todas las cosas importa mucho hacer caso de cosas pequeñas y menudas; porque, como dice el Sábio, *Ecclí. xvi, v. 1*, el que menosprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en las grandes; pero especialmente en esta virtud es esto mas necesario; porque cualquier cosa por pequeña que sea, desdora mucho la castidad. Vemos acá comunmente en las cosas preciosas y hermosas que cualquier falta las afea, y tanto mas, cuanto mas excelentes y hermosas son. Pues así es en esta altísima y hermosísima virtud de la castidad; y aun podemos decir que no hay virtud ninguna mas tierna ni mas delicada en esto. Compara un Santo (1) la castidad á un espejo muy res-

(1) Fr. Gil, uno de los primeros compañeros de san Francisco.

plandeciente, que con un liviano soplo ó anhelito, se cubre de polvo, y pierde su lustre y resplandor; así la castidad, por cosas muy pequeñas pierde su resplandor y hermosura: por lo cual es menester que andemos con mucho recato, mortificando los sentidos, y cortando y atajando luego el mal pensamiento, y huyendo la ocasión; porque así como la llama deja rastro de sí, donde quiera que toca, mas ó menos segun se detiene, y si no quemó, á lo menos tiznó; así estas cosas, si no llegan á quemar, bastan para tiznar; porque despiertan en el alma imaginaciones y pensamientos contrarios á la castidad, y en el cuerpo movimientos feos y desordenados.

Con mucha razon dijo nuestro santo Padre, part. 6 Const., c. 1, § 1, que lo que toca á la castidad no quiere interpretacion. No se puede uno fijar: Hasta aquí no me quemaré, y si tantico voy adelante, sí: hasta aquí es lícito, y si paso un poco mas adelante, será ilícito: ni se puede decir en materia de castidad, *hasta aquí llegaré y no pasaré adelante*; porque cuando menos os recateis, pasaréis á donde nunca pensásteis. Quien se echa por un resbaladero piensa llegar solamente al puesto; y el peso del cuerpo, y ser la piedra tan deleznable, le hace ir adelante, aunque no tuvo tal intencion al principio: así es acá, es

este gran resbaladero; y el peso é inclinacion de nuestra carne á eso muy grande. No permite la delicadeza de esta virtud que nos acerquemos tanto al daño, y nos pongamos en esos peligros: *Habemus thesaurum istum in vasis fictilibus.* II ad Cor. XLVII. Es este un tesoro preciosísimo, y tenémosle depositado en un vaso terrizo, que á un tris no tenemos nada; y así es menester andar con mucha solicitud y diligencia, atajando por todas vias los pasos á todo movimiento desordenado, por donde esta pasion pueda venir á señorearse de nuestro corazon.

De uno de aquellos Padres antiguos se lee (1), que tenia gran don de castidad, y andaba con todo eso con mucho cuidado y recato, aun en las ocasiones pequeñas, en desechar el pensamiento malo luego al principio, en el mirar, en el conversar y tratar. Decíanle sus compañeros: Padre, ¿por qué temes tanto, pues te ha fortalecido el Señor con el don de la castidad? Respondia el Santo: Mirad, si yo hago lo que debo y lo que es de mi parte en estas cosas pequeñas y menudas, el Señor me ayudará para que nunca venga á caer en cosas mayores; pero si yo soy negligente, y me comienzo á descuidar en estas cosas, no sé si me ayudará; á lo menos mereceré que me deje

(1) Esto se cuenta del santo Fr. Rogelio, de la Orden de los Menores, en sus Crónicas, part. 2, lib. 4, cap. 44.

el Señor de su mano, y así venga á caer; y por eso, dice, no me querria descuidar en nada, sino hacer siempre lo que es de mi parte en todas las cosas, aunque parezcan pequeñas y menudas. Y de santo Tomás de Aquino cuenta Surio, que con haber recibido de Dios sobrenaturalmente el don de la castidad, y no sentir ya tentaciones contra ella, y haberle dicho los Ángeles que no perderia la castidad recibida; con todo eso ponía sumo cuidado en guardar los ojos de la vista de mujeres y en cualquiera otra cosa que le pudiese dañar.

Pues así lo tenemos de hacer nosotros si queremos conservarnos en la puridad y perfeccion de esta virtud; y sino podemos temer con mucha razon la caída, y eso es lo que dijo el santo Job, c. xxxi, v. 1, cuando diciendo: *Pe-pigi fœdus cum oculis meis; ut ne cogitarem quidem de virgine*, añadió: *Quam enim partem haberet in me Deus desuper?* Hice concierto con mis ojos, púseles ley que no mirasen mujer, por excusar el mal pensamiento que de ello me podia venir; porque si así no lo hiciera, ¿qué parte tuviera Dios en mí? Como si dijera: Si este cuidado no tuviera de recatarme y huir las ocasiones, y desechar el mal pensamiento, y hacer caso de cosas pequeñas, viniera á caer en algun mal deseo, con lo cual perdiera á Dios.

Hace el demonio en esto como

un ladrón principal cuando quiere robar una casa cerrada, que si ve algun agujero ó ventanilla por donde él no puede entrar, echa un muchacho ladroncillo para que entre y abra la puerta para hacer su hecho: y así el demonio echa los malos pensamientos, y la vista liviana y otras cosillas semejantes, como ladroncillos que le abran la puerta para entrar: y así importa grandemente andar con mucho recato, huyendo y previniendo muy de lejos las ocasiones; y cualquier cuidado que en esto se ponga, será muy bien empleado.

Casiano, l. 6 de inst. renuntiant., c. 7, trae á este propósito aquello del apóstol san Pablo: *Omnis autem, qui in agone contendit, ab omnibus se abstinere.* I Cor. ix, v. 25. Dice Casiano: Si aquellos atletas que jugaban y corrian en aquellos juegos olímpicos, por no debilitar y disminuir las fuerzas que eran menester para ellos, se abstendian de comidas que les pudiesen dañar, y se guardaban de la ociosidad, y se daban á ejercicios con que pudiesen acrecentar las fuerzas; y no solo eso, sino que para estar mas ligeros y fuertes se ponian en los riñones planchas de plomo, para que ni entre sueños tuviesen movimiento, ni ilusion, ni les acaeciese cosa por la cual se les perdiesen ó disminuyesen las fuerzas y vigor, y todo esto hacian para alcanzar un premio y una corona corruptible y

perecedera; ¿qué será razon que hagamos nosotros para alcanzar esta virtud angélica y celestial, y una corona eterna que ha de durar para siempre jamás? *Et illi quidem ut corruptibilem coronam accipiant; nos autem incorruptam.*

CAPÍTULO IV.

Que especialmente en la confesion habemos de hacer caso de cualquiera cosa que sea contra la castidad.

San Buenaventura, in spec. discip., tratando de la confesion, da una doctrina general y muy importante para todos; dice que se guarden todos mucho no dejen de confesar algunas cosillas vergonzosas que suelen acontecer, con decir, esto no es pecado ó á lo menos no será mortal, y los pecados veniales no estamos obligados á confesarlos; porque han entrado por aquí grandes males, y á muchos les ha sido esto principio de su perdicion. Dios os libre de dar esta entrada al demonio, y de abrirle este portillo, que no ha menester él mas para hacer su hecho: presto, juntándose la vergüenza con la vileza de la cosa, os hará creer que no fue pecado lo que lo era, ó á lo menos habia duda si lo era, y que lo dejéis de confesar; y en gente que ha sido buena, y que no suele tener pecados